

Literatura argentina y modos de reproducción

Sobre el vitalismo de Ricardo Rojas

Daniel Link

Universidad de Buenos Aires/ UNTREF

daniel.link@untref.edu.ar

Vengo, aquí, esta tarde, con ánimo de celebración y agradecimiento. Celebro, en primer término, la aparición de *Exlibris*, la revista digital del Departamento de Letras. Y agradezco a las autoridades de la Carrera el doble gesto de haberme invitado a participar de esta mesa y, antes, de haberme convidado a coordinar un *dossier* para el primer número de la revista, donde aparecieron publicadas dichas contribuciones al conocimiento de la obra de Roland Barthes, que habían sido entregas de alumnos avanzados, graduados y becarios que cursaron dos seminarios de doctorado cuyo objetivo fue, precisamente, el examen microscópico de una obra a mi juicio decisiva para los estudios de la literatura.

El primer número de *Exlibris* quiso, así, celebrar, al mismo tiempo que homenajeaba un centenario, el de la fundación de la cátedra de Literatura Argentina, y el nombramiento de Ricardo Rojas como su primer titular, a sus investigadores más jóvenes y más excéntricos. Sobre lo segundo no tengo mucho que agregar, salvo recomendarles que lean esos textos, escritos con una pasión que va mucho más allá del mero cumplimiento de una obligación burocrática y que, por eso, merecían mejor suerte que el mero registro de una calificación en un acta polvorienta, un lugar más confortable que el vasto archivo institucional que alguna vez, alguna vez, deberíamos ser capaces de desplegar enteramente ante nosotros.

Quisiera, en cambio, subrayar la originalidad de *Exlibris*, al poner esos fragmentos de un asedio maniático de una extranjería en correlación con la fundación de los estudios literarios argentinos, empresa que fue vista en su momento como el deseo de “dispensar una tiniebla” designando al autor de *La restauración nacionalista* como el responsable de una tribuna cuya interpelación no ha cesado, una fundación que pretendía “restaurar el alma argentina en su amplia vibración”, según las conmovidas palabras de Rafael Obligado en 1913, que *Exlibris* reproduce para nuestro provecho, junto con una impresionante antología de programas de trabajo.

La Lección Inaugural de Ricardo Rojas (nombrado en 1912 al frente de la cátedra) está puesta bajo el reconocido manto del nacionalismo espiritualista, es decir, una forma de vitalismo que encuentra en cierta versión de la historia la razón de su fuerza. Para Rojas, los monumentos de una literatura son la “forma visible y perdurable de esas secretas corrientes que elaboran la conciencia y la cultura de un pueblo”. Ese vitalismo que arrastra tanto a *La restauración nacionalista* como a la fundación de la cátedra universitaria y su hija dilecta, la *Historia de la literatura argentina* urdida por Rojas entre 1917 y 1922, se deja leer en la lección inaugural, donde Rojas caracteriza el ámbito de problematización que lo espera (que lo llama) como la conjunción (nosotros diríamos, hoy, agenciamiento, y diríamos también: vocación) de dos grandes ramas de estudios: las materias de entonación nacional (“paisajes, hombres, árboles, trajes, voces, mitos, emociones, cuanto constituye la tierra y el alma nativas”) y las materias de entonación universal (“el fondo generoso y humano de la civilización greco-latina”).

Un programa semejante sólo puede encontrar sus herramientas metodológicas en el campo del comparatismo, que Rojas ejerció aún sin defender su teoría, tanto en su Lección Inaugural como, antes, en *La restauración nacionalista*, la investigación en la que se funda su plan maestro.

Quisiera detenerme en el vitalismo que caracteriza la obra de Rojas y que, creo, permitirá caracterizar el vitalismo de los estudios literarios argentinos (donde “lo argentino” es antes un punto

de vista que un contenido encorsetado, donde “lo argentino” es antes una fuerza de la imaginación que una cosa víctima de la museología).

Rojas había nacido en Tucumán, pero su infancia y primera juventud transcurrieron en Santiago del Estero. Era, pues, uno de esos “negritos” ante los cuales la revista *Martín Fierro* no pudo sino ejercer el anacolutos. En 1903 publicó su primer libro, *La Victoria del Hombre*, y en 1907 reunió los textos que había venido publicando desde 1901 en la revista *Caras y Caretas*, en el suplemento dominical de *La Nación* y en *Leoplán*, bajo el título *El país de la selva*, que le valió el reconocimiento de sus contemporáneos. En ese libro leemos:

Nadie que estudie el alma de aquel pueblo la habrá conocido del todo hasta no verla cómo se regocija en sus fiestas. Allí manifiesta todas sus excelencias y defectos, bajo las formas de un mismo espectáculo sencillo y conmovedor. Allí están reunidos sus amores, sus alegrías, su cancionero, su arte y sus mitos, en tanto que, desde el fondo silencioso de sus tristezas habituales, un ansia suprema de libertar la vida arroja esa muchedumbre de almas en los desenfrenos de la bacanal. (Rojas 1946: 69)

En 1909, cuando la fundación de la cátedra de Literatura Argentina ya había sido decidida, Rojas publicó *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*, un dilatado y excesivo informe de más de quinientas páginas impreso en los Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional para el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, presidido por Rómulo Naón, que se lo había encargado:

El doctor Naón en el Ministerio de Instrucción Pública, que me encomendara este trabajo, llama á concurso para un catecismo cívico con propósitos de evangelización democrática, revelando con ello la preocupación de intereses morales, antes casi del todo abandonados. (1909: 361)

La investigación de Rojas, que recorre Europa para evaluar la situación de la enseñanza de la historia (en todos los niveles) en Inglaterra, Francia, Alemania y “otras naciones” (Italia y su “monumentología”, España y sus ejercicios arcaicos y clericales) toma como modelo el impulso modernizador de los Estados Unidos.

Rojas, que ya sabe que su destino es la tribuna facultativa y la reforma educacional, se propuso, antes de hacerse cargo de la cátedra,

realizar una encuesta en varias naciones; extraer de sus resultados una teoría; definir *por comparación* con aquéllas nuestra enseñanza; hacer la crítica del sistema argentino que es deplorable; proponer las medidas que podrían tornarlo más eficaz; y preconizar como síntesis, la orientación nacional que debemos dar al estudio de las humanidades modernas, cuyo centro es la Historia. (1909: 10, yo subrayo)

Al mismo tiempo que abraza el comparatismo como metodología de investigación, Rojas pone a todas las humanidades bajo el manto protector de la historia¹ (un lugar común de la época), porque

El actual momento nos aconseja, con patriótico apremio, el adoptar un ideal semejante, para que sea nuestra escuela el hogar de la ciudadanía, donde se fundan y armonicen los elementos cosmopolitas que constituyen la nación. (1909: 10)

El método comparativo permite no tanto definir lo propio y lo ajeno, sino situar lo propio y lo ajeno en un horizonte de tensiones éticas y políticas. Hipólito Taine o Mommsen no pueden sorprendernos, razona Rojas, porque lo que ellos hicieron estaba ya prediseñado en los *Comentarios Reales* del inca Garcilaso, quien, en algún sentido, practica la “*Kulturgeschichte*, como dicen los alemanes, con una voz comprensiva y difícil que otros idiomas parecen aceptar” (1909: 23).

Los estudios literarios, sea por la vía de la *Kulturgeschichte* o de la filología, piensa Rojas, son la

¹ “Se hace historia en todas las asignaturas, ó puede hacérsela hasta en la geometría al nombrar á Pitágoras ó á Euclides; hasta en la física al hablar del teorema de Newton ó de los primeros ensayos de Fulton. Pero la relación directa de la Historia es con las ciencias que estudian al hombre y la sociedad, y que los antiguos llamaban *humanidades*.” (pág. 65)

manera de rescatar la vida comunitaria de la “silenciosa tragedia del espíritu tradicional” (1909: 87).

El presente era, en 1912, acuciante por varias razones. Enumero lo que se lee en varias páginas de *La restauración nacionalista*:

Una cantidad exorbitante de brazos italianos trabaja nuestros campos y (...) una cantidad extraordinaria de capitales británicos mueve nuestras empresas. En medio de este cosmopolitismo de hombres y capitales, que nos somete á una verdadera sujeción económica, el elemento nativo abdica en la indiferencia ó el descastamiento de las ideas, las pocas prerrogativas que ha salvado. (1909: 87)

El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoleedor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla —cuanto define la época actual— comprueban la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles. (1909: 87)

Como si eso fuera poco:

Una literatura plebeya y una filosofía egoísta, que disimulaba bajo manto de filantropía su regresión hacia los instintos más oscuros, ha causado algún daño, en estos últimos tiempos, á la idea de patriotismo. El innoble veneno, profusamente difundido en los libros baratos por ávidos editores, ha contaminado á las turbas ignaras y á la adolescencia impresionable.² (1909: 38)

Para oponerse a un panorama tan depresivo, Rojas recurre al vitalismo nietzscheano que ha leído en las *Consideraciones intempestivas* (él las llama *inactuales*): “No sigamos tentando á la muerte con nuestro cosmopolitismo sin historia y nuestra escuela sin patria” (1909: 347-348).

Rojas cita la parábola que recuerda Nietzsche, el diálogo imposible entre el ser humano y la bestia:

«¿Por qué no me hablas de tu felicidad, y no haces sino mirarme?»— La bestia quiso responderle: «por que yo olvido, cada vez, lo que tengo la intención de hablar». (1909: 447)

y suscribe la conclusión nietzscheana:

«La cultura histórica, no es benéfica y llena de promesas para el porvenir, sino cuando acompaña una poderosa y nueva corriente de la vida, una civilización en vías de formarse».

Si “El rasgo característico de la civilización consiste en que redime á los pueblos de la animalidad originaria, por el recuerdo hablado que constituye la Historia” (1909: 447), en nuestra situación poshistórica (que era ya la de Barthes, pero es mucho más agudamente la nuestra), tal vez nos convenga recordar la lección de Rojas, para salvarnos de un peligro simétrico, la animalidad postrera.

No se trata, en la perspectiva de Rojas, de someter al historicismo enciclopédico toda forma de conocimiento, y por eso es tan importante el recurso a Nietzsche (que abominaba del hegelianismo) en *La restauración nacionalista*, como la relación entre soberanía de sí, fiesta y bacanal evocada en

² “En cuanto á la Familia, nada puede esperarse tampoco de ella. Hasta hoy no ha hecho sino restarle fuerzas cívicas é intelectuales á la escuela, con la indiferencia del hogar criollo ó la hostilidad del hogar extranjero. Fluctúa aquí la familia, entre la disolución del conventillo y la sensualidad del palacio, quedando por averiguarse dónde se esconde más inmoralidad, si en esta abundancia ó en aquella miseria. Ignorancia y cosmopolitismo de origen en casa del obrero; ignorancia, vanidad y cosmopolitismo de gustos en casa del burgués: ni una ni otra pueden ser santuarios de civismo.” (1909: 391)

El país de la selva. De lo que se trata es de situar la vida, lo que vive todavía, la potencia incesante de lo viviente, e incluso una “nueva corriente de la vida” en relación con líneas de fuga que no son necesariamente dispositivos de normalización, como se ha interpretado con cierta ligereza:

Vivir de una manera histórica, es, acaso, quitar un poco de su intensidad y su grandeza materiales al momento presente, pero es dar un valor y una permanencia morales á la vida, reviviendo en recuerdo el ayer que huye, y anticipando el mañana en la vislumbre de un ideal colectivo (1909: 448).

Teniendo en cuenta la perspectiva del vitalismo nietzscheano, se comprende que para Rojas el continuo literario, en algún sentido, se superpone con el continuo de lo viviente, y por eso subraya la imposibilidad de establecer estudios literarios comparatísticos sin sostener hipótesis antropológicas o, por lo menos, culturales (*Kulturgeschichte*): es lo que relaciona la literatura comparada con los estudios culturales, precisamente y que, años después, en (nuestra) restauración democrática, serán hegemónicos en la perspectiva de los estudios literarios.

Como Aby Warburg en otro contexto, Rojas está diciendo que “Atenas y Oraibi son lo mismo”. Como sabemos, *Atlas Mnemosyne* de Aby Warburg, esa suerte de instalación sobre ciertos motivos del arte clásico y el arte renacentista en el que Warburg trabajó maníacamente durante los últimos años de su vida (1924-1929) constituye una reflexión sobre la historia del arte. Warburg pretendía distribuir en paneles móviles ciertas imágenes (reproducciones, fotografías, dibujos y gráficos) que, por mera yuxtaposición, dieran cuenta de ciertas persistencias, ciertas traslaciones y ciertas mutaciones de la imaginación artística, considerada como una práctica de distanciamiento entre uno mismo y el mundo:

acto fundacional de la civilización humana; cuando este espacio interpuesto se convierte en sustrato de la creación artística, se cumplen las condiciones necesarias para que la conciencia de la distancia pueda devenir en una función social duradera, la suficiencia o el fracaso de la cual como instrumento espiritual orientador determina el destino de la cultura humana.

De modo que podría decirse del *Atlas Mnemosyne* que es un museo portátil de la función-arte armado de acuerdo con el “asco al esteticismo de la historia del arte” al que Warburg no se cansó de referirse y que, hoy, para nosotros, resuena también en Ricardo Rojas.

Las imágenes eran, para Warburg, una “necesidad biológica”, un “producto intermedio entre la religión y el arte”, y por eso puso como epígrafe de otra de sus decisivas contribuciones a una teoría de la imagen la frase inquietante (pero para nada ambigua): “Como un viejo libro enseña, Atenas y Oraibi son lo mismo”. Oraibi es una aldea hopi de Nuevo México, que Warburg había visitado en 1895 y en cuyos rituales se detuvo en 1923, cuando pronunció la conferencia *El ritual de la serpiente*.

Al desconfiar (radicalmente) del esteticismo y del formalismo que con él se asocia, Warburg y Rojas quieren restituir la función-arte y las prácticas artísticas al espacio ritual en el que habían encontrado su sentido primero como herramientas de distanciamiento y, por lo tanto, de reflexión (una forma de pensar el destino, la herencia y la comunidad). Ideas parecidas fueron desarrolladas por Carl Einstein (cofundador de la revista *Documents*) en varios textos.

Así, en “Sobre el arte primitivo” (1919), Einstein señalaba que, para compensar lo que le faltaba de arte *directo*, Europa producía en exceso explotadores artísticos, personas interpuestas, agentes de segunda mano, rentistas de la tradición, a los que llamaba “europeos *indirectos*”.

“El arte europeo”, concluía Einstein, “está imbricado en el proceso de la capitalización diferenciada. Atrás queda la época de las ficciones formales. Con la decadencia de la economía del continente se desmorona también su arte”. Desde esa perspectiva, cada obra, en la medida en que no se encamine a la reestructuración social que podría darle algún sentido a todo, es solo una pieza más de esnobismo reaccionario (Carl Einstein. *El arte como revuelta. Escritos sobre las vanguardias*).

1912-1933).

Al acercar el método de los estudios literarios argentinos al método de la antropología y la historia comparada, podríamos decir, Ricardo Rojas está pensando algo parecido a lo que se deja leer, contemporáneamente, en Warburg y en Carl Einstein.

Es el problema de los universales³, que hay que situar históricamente. Se trata del rechazo de las categorizaciones impuestas al “espíritu”, entendido como un continuo. Las clases y las clasificaciones son artificios impuestos, es decir: dispositivos de captura de lo incapturable. Evidentemente, esto interroga la literatura: ¿es una forma o una fuerza? Si la literatura es una forma, como toda forma, debería entenderse en relación con fórmulas y algoritmos que la expliquen. Si es una fuerza, no.

Ricardo Rojas (como los grandes teóricos de la literatura) se inclina más bien por una comprensión de la literatura como fuerza (o si se prefiere: potencia). Esa fuerza o potencia opera aquí y allá según una lógica que no es exclusivamente ni la de la lengua, ni la de la época, ni la de la región. Es una fuerza o potencia de desclasificación y, al mismo tiempo, de agenciamiento. Las Humanidades, dice Rojas en la *Restauración nacionalista*, “requieren en cada comarca una elaboración especial, de acuerdo con circunstancias de ambiente y necesidades políticas, que varían en las diversas naciones” (pág. 66-67). Escuchen esta demanda, todavía no cumplida:

Si nosotros fundásemos escuelas análogas á esta [se refiere a la *Ecole d'hautes etudes*], y á la [Escuela] de Cartas, en la medida de nuestra posición histórica y de nuestras necesidades, las asignaturas aquí subrayadas —*Lenguas célticas y dialectología* de la Galia Romana— tendrían que equivaler al quichua y el guaraní de nuestros orígenes americanos. (1909: 196)

La necesidad (política) de la enseñanza de esas lenguas (el guaraní como celta) no se justifica en un resplandor estético sino en una demanda ética que toma a lo viviente como potencia. Este desplazamiento de la forma a la potencia, de las equivalencias lingüísticas a las distancias culturales es uno de los núcleos fuertes de la investigación comparatista propuesta por Rojas, para quien no hay hipótesis de investigación literaria desgajada de lo cultural.

Saltemos hacia donde Rojas nos señala: todo presente actual no es más que el pasado entero en su estado más contraído: el pasado, por eso, no pasa, sino que persiste, insiste, consiste, es el fundamento último del paso. Si lo propio del presente es la existencia actual bajo la forma de una sucesión de diversos instantes (antes y después), el pasado puro, fundamento y profundidad del Tiempo, en cambio, se caracteriza por la "coexistencia virtual" de sus diversos niveles con el presente. Dicho de otro modo: “La materia de la Literatura es la vida, y su procedimiento, como ya lo sabemos todos, el concretar en fórmulas finitas las relaciones humanas de reiteración indefinida” (Reyes 1940: 264).

Es esa “desesperada vitalidad” que a Roland Barthes le llamó la atención, hacia el final de su vida, de los poemas de Pasolini. La misma, podría decirse, que resuena en la obra de Ricardo Rojas y, por lo tanto, lo que *Exlibris* nos regala en una operación crítica compleja que no debería pasar inadvertida para ninguno de nosotros.

³ Rojas agrupa las materias de la enseñanza general en tres grupos: “1°. Cultura física ó personal —que comprende los ejercicios, como el solfeo, la música, la escritura á máquina y á mano ó caligrafía, el tiro al blanco, las labores, la cocina, el dibujo, la gimnasia, que tienden á desarrollar una aptitud personal del sujeto, haciéndole físicamente más apto.

”2° Cultura humanista ó nacional—que comprende Historia, lenguas vivas, literatura, filosofía, instrucción cívica, economía política, geografía, etc., las que preparan al ciudadano, por el conocimiento de las sociedades humanas, para vivir en la nación á que pertenece, enseñándole, las necesidades y recursos de su país y la posición de éste entre los otros pueblos de la tierra.

”3°. Cultura científica ó universal —que comprende aritmética, álgebra, geometría, física, química, zoología, botánica, mineralogía, geología, cosmografía, ciencias matemáticas y fisiconaturales, conocimientos utilitarios casi todos, pero los cuales deben enseñar, convenientemente aprovechados, la unidad de la especie y el destino del hombre en la naturaleza”. (1909: 66)

Bibliografía

Rojas, Ricardo (1909). *La restauración nacionalista. Informe sobre Educación*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Rojas, Ricardo (1946). *El país de la selva*. Buenos Aires: Garnier Hermanos.

Reyes, Alfonso (1940). “La vida y la obra”, en *Obras completas*, XIV. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.